

Significación escatológica de los sacramentos

1. Los sacramentos como signos de este mundo

1. En los sacramentos se dan encuentro tres épocas distintas. Santo Tomás de Aquino nos dice (*Suma Teológica*, III, q. 60, art. 3): “Propiamente hablando, se llama sacramento lo que se ordena a significar nuestra santificación. Hay que tener presente que en la santificación se pueden distinguir tres aspectos: su causa propia, que es la Pasión de Cristo; su forma, que consiste en la gracia y virtudes, y su último fin, que es la vida eterna. Los sacramentos significan todas esas realidades. Por tanto, el sacramento es, a la vez, signo rememorativo de la Pasión de Cristo, que ya pasó; signo manifestativo de la gracia, que se produce en nosotros mediante esa Pasión, y anuncio y prenda de la gloria futura.”

Los sacramentos incorporan a los que los reciben en la muerte y resurrección de Cristo. Con fuerza siempre nueva dan el golpe de muerte al *viejo Adán* y hacen resurgir al nuevo hombre, el hombre de Cristo. Apartan al que los recibe del mundo, haciéndole partícipe de la gloria de Cristo glorificado. Todo esto son acontecimientos ocultos que atienden a su revelación. El estado de manifestación nos hará ver que las formas de existencia antiguas y precarias, heridas de muerte con el bautismo, han desaparecido ya por completo, brillando de un modo perfecto la gloria que quedó ci-

mentada en germen con el bautismo. Hasta que llegue esta hora el cristiano vive en un *mundo de transición*, en el mundo de la resurrección y de la nueva venida de Cristo, que tendrá lugar al fin, con la resurrección de todos los hombres. Cfr. § 158.

2. Los sacramentos tan sólo *son válidos para este tiempo intermedio*. Son prefiguraciones y alusiones de nuestra participación plena y total en la resurrección de Cristo. Cada vez significan y producen un nuevo comienzo y son al mismo tiempo signos del futuro. Cuando irrumpa éste cesarán estos signos. Porque ya no hará falta la alusión a Cristo al aparecer El en todo su esplendor. Santo Tomás observa que “Dionisio dice que el estado de la Nueva Ley hace de intermedio entre la Ley antigua, prefiguración de lo que tendría realización en la Nueva y el estado de gloria, en el que todo se nos revelará en verdad y perfectamente. Entonces ya no existirán los sacramentos. Pero en tanto conozcamos “en espejo” (*I Cor.* 13, 12) será necesario servirnos de los signos sensibles para llegar a lo espiritual y esto pertenece al concepto del sacramento” (*Suma Teológica*, III, q. 4). Hasta que se inaugure este estado de cosas los sacramentos constituyen la garantía de su venida. Significan en este tiempo intermedio que el presente es un tiempo de espera y perseverancia, de tránsito hacia una comunidad futura con Cristo. En ellos se cumple siempre nuevamente la promesa de Cristo: “He aquí que estoy entre vosotros hasta el fin de los tiempos” (*Mt.* 28, 20).

3. De esta manera hacen una misma cosa única del pasado y del futuro. Más aún: así como el pasado está presente en ellos, del mismo modo el futuro está ya incluido en ellos. En los sacramentos coinciden pasado y futuro. Aunque el acento recaiga más en el porvenir. Pues los signos salvíficos se hacen presentes por causa del futuro. En la consumación de los sacramentos la mirada no se dirige hacia el pasado para permanecer en él, sino más bien desde él, llenos de esperanza para ir hacia el futuro. En ellos está puesta la esperanza.

En los sacramentos la situación del hombre queda expresada como la de un peregrino. El hombre está siempre en camino y no hacia una meta cualquiera, sino hacia la última, hacia aquel país que Dios prometió a Abraham, el nuevo cielo y la tierra nueva (*Hebr.* 13, 13-14). Los sacramentos no son sólo signos del camino hacia esta tierra, sino también las provisiones de esta peregrinación.

Lo cual vale especialmente de la Eucaristía, aunque no sólo de ella, sino de cualquier sacramento. La Eucaristía ofrece al hombre aquel alimento y bebida espiritual (*I Cor.* 10, 4) que necesita para poder recorrer el largo camino que va al lejano país del futuro. Prefiguración de este peregrinar fué en el VT el cordero pascual, que debía comerse de pie, con prisas (*Ex.* 12, 11). Cristo es nuestro Cordero pascual (*I Cor.* 5, 7). La Eucaristía es, por tanto, el cumplimiento de aquel peregrinar, prefigurado ya por el cordero pascual viejotestamentario. San Juan Crisóstomo explica esto de la siguiente manera: "Ninguno de los que comieron el cordero pascual volvió la vista atrás, a Egipto, sino hacia el cielo, hacia la Jerusalén celeste. Por esto también tú debes comer ceñido y calzado, para que sepas que estás obligado a estar preparado para el camino tan pronto como comiences a comer el Cordero pascual."

4. El tránsito por el mundo hacia la Jerusalén celeste se realiza en comunidad con Cristo que a través de la cruz llega a la resurrección. De esta manera los sacramentos son signos de la comunidad con Cristo en la muerte; esto resulta más claro y palpable hasta la nueva venida de Cristo que el hecho de que son también signos de la gloria celestial de Cristo (*Eph.* 2, 6). Los bautizados han entrado ya en el cielo como ciudadanos del mismo (*Phil.* 3, 20).

Sin embargo, a pesar de ello la Iglesia no considera a la Eucaristía como el cielo en la tierra, como se ve en la postcomunión, en la que se pide de nuevo que, no obstante la inmediata comunión íntima con Cristo, quiera El hacernos partícipes de la vida eterna.

5. El tiempo intermedio tiene su importancia peculiar debida a los mismos sacramentos. Por ellos, lo mismo que por la palabra de la predicación, es tiempo de salvación (aunque no pueda hablarse propiamente de historia de la salud).

No debe ser menospreciado, por tanto, este tiempo intermedio ni en provecho del pasado, en el que Cristo obró la redención, ni del futuro, en el que se acabará su obra. Este es uno de los errores de determinadas tendencias de la teología protestante actual. El tiempo intermedio es el tiempo en que Cristo como Señor de la Palabra y del Sacramento se hace presente en la Iglesia a los suyos y en el *hic et nunc* a los que creen en El, les envía la salvación preparada para que se realice plenamente en el futuro.

Perdería, por tanto, su sentido si este tiempo estuviera desvinculado lo mismo del pasado que del futuro. Es de gran importancia considerar este triple momento del tiempo que desde el pasado va al futuro a través del presente. Así se comprenden mejor los sacramentos y el mismo cristianismo.

II. Sacramentos y realización de la fe en el interregno

1. Los sacramentos se nos aparecen en este tiempo que va desde la resurrección de Cristo hasta su nueva venida más como señales de muerte que de gloria, aunque también sean esto último.

Hasta que todo esté acabado son una continua exigencia e imposición de *aceptar en el corazón* lo que significa: la comunidad de muerte con Cristo. Comunidad que debe ser operante en el corazón y en las obras. Esta eficacia consiste en suprimir de nuestros sentimientos y deseos todo lo mundano, esto es, el egoísmo y el orgullo, que sufrieron un duro golpe de muerte con el bautismo. De este modo la muerte de Cristo, que fué entrega total, se hace cada vez más eficiente. El bautismo produce en nosotros aquel movimiento en que Cristo se ofreció por nosotros, el movimiento de la entrega que alcanza su plenitud cuando queda muerto todo orgullo. Entonces quedarán transformadas también por Dios las formas precursoras de nuestro peregrinar. Sin una continua entrega de nuestro yo en la muerte de Cristo, sin una *ascesis* no es posible la vida del bautizado. Por otra parte, toda *ascesis* entendida y realizada cristianamente es efecto de la comunidad sacramental con Cristo. Esta comunidad producida por los sacramentos no es sólo la causa de toda nueva obra, sino también la esfera, el ámbito o espacio en el que se realiza. Todo esfuerzo y obra está caracterizado, por tanto, por el hecho de estar realizados por uno que está unido a Cristo por los sacramentos.

2. Aunque se acentúe aquí de una manera especial la comunidad con Cristo, basada y fundamentada en la Liturgia, no significa esto ni menosprecio del obrar humano ni tampoco debe interpretarse como caída en el pelagianismo la exigencia de apelar a todas las fuerzas humanas. Más bien se indica con ello el verdadero orden, en el que tanto la actuación divina como los esfuerzos humanos ocupan un lugar. No puede negarse ninguna de las dos cosas. En este entremezclarse misterioso del esfuerzo humano y de la acción divina la preeminencia corresponde a Dios. La acción de Dios en el hombre alcanza su máxima eficacia en la Liturgia siempre que discurra por los cauces corrientes de la economía soteriológica presente. De donde la primacía de la participación en la

Liturgia sobre el mismo esfuerzo moral. De todos modos, el que un cristiano dé más importancia al esfuerzo moral que a la participación litúrgica no le hace acreedor del reproche de ser pelagiano, así como tampoco de quietista, si concede una importancia superior a la participación litúrgica, menospreciando su esfuerzo propio. Estas unilateralidades son la consecuencia de la imperfección humana, que se opone a la realización natural del recto orden. Pero en sí no son objeciones contra este orden. Estos reproches mencionados deben ser superados para no caer en un entusiasmo unilateral por la liturgia olvidando la ascesis o en un cuidado excesivo de ésta en detrimento de la liturgia.

De la estrecha relación existente entre liturgia y ascesis se sigue que no existe ninguna contradicción fundamental entre la llamada *piedad litúrgica* y la *ascética*. La participación en la liturgia lleva al hombre por sí misma a la ascesis, de no poner resistencia el hombre por el orgullo al movimiento despertado en él por la liturgia; la ascesis, a su vez, si es cristiana nace y se nutre de la comunidad con Cristo, fruto de la Liturgia. Cfr. Encíclica *Mystici Corporis*.

3. La Sagrada Escritura nos dice en múltiples ocasiones que la comunidad sacramental con Cristo debe traducirse en el querer y obrar (por ejemplo, *Rom.* 6, 12; *I Cor.* 10, 11; *Col.* 3, 1; *Pet.* 4; otros pasajes pueden verse en § 127), a fin de ir con esperanza firme al encuentro del día del Señor (*Phil.* 1, 10).

4. Según los Padres el Bautismo es una consagración para la lucha.

Así, el Seudo-Dionisio nos dice (*De la jerarquía eclesiástica*, cap. 2, consid. 3): "El jerarca, semejante a Dios, comienza la unción sagrada y después los sacerdotes acaban este negocio santo; llaman al catecúmeno simbólicamente para las luchas santas en que él entra a tomar parte bajo las órdenes de Cristo. Porque Cristo, por su divinidad, es el creador del orden de la lucha, ha determinado en su sabiduría las leyes de la batalla, preparando en su gloria el premio a los vencedores. Algo divino. En su bondad con los que pelean se ha unido santamente con ellos y lucha por su libertad y victoria contra el poder y la perdición de la muerte. Por eso el bautizado luchará con alegría, puesto que son batallas de Dios, y permanecerá fiel a las reglas de la lucha dadas por tan sabio ordenador y luchará sin defección, de acuerdo con ellas. Porque se funda en la firme esperanza del premio glorioso de la victoria, al estar sujeto a Señor y Caudillo tan excelente. Siguiendo las huellas del que por su bondad ha sido el primero de los guerreros, se esfuerza en las batallas, con las que se engendra de nuevo la imagen de Dios, destruyendo los poderes y las influencias que se oponen a su divinización, muriendo al pecado, místicamente hablando, con Cristo en el bautismo."

En la recepción de los sacramentos el hombre imita ónticamente la muerte con Cristo; se hace él mismo imagen de Cristo. Lo que acontece en el misterio debe traducirse siempre en los sentimientos de manera que la realización vital cristiana sea una continua y duradera *imitación* de Cristo, una entrega total hasta la muerte.

Así puede decir San León Magno que la cruz de Cristo, que tiene por finalidad la salvación de los mortales, es un misterio y un ejemplo, un sacramento al manifestarse en ella todo el poder de Dios y un ejemplo al mover a los hombres al amor (*Sermón* 72, 1). "Un doble medio salvífico nos ha preparado el Todopoderoso: por una parte, es un sacramento; por la otra, un ejemplo. Por el primero se nos conceden los bienes celestiales y por el otro se nos pide lo que se nos puede pedir a los hombres" (*Sermón* 76, 5). Con celo inextinguible quiere convencer San León Magno a sus oyentes que la participación en el misterio de la Cruz debe operarse en los sentimientos.

Como botón de muestra citamos un pasaje del *Sermón* 70, 5: "Por esto busque el cristiano su lugar allí donde Cristo le encumbró con El. Diríjase hacia allí todos sus pasos, donde, como sabe, se realizó la redención de los hombres. El dolor del Señor dure hasta el fin del mundo. Así como es el Señor, al que se honra y ama en sus santos, el que se nutre y viste en los pobres, del mismo modo debe tener El parte en los sufrimientos de todos los que padecen persecución por la justicia. Debiéramos suponer que después de la propagación de la fe por todo el mundo y con la disminución del número de los incrédulos, todas las pruebas y persecuciones crueles que han caído sobre los mártires ya han terminado por completo. Tan sólo estarían obligados a cargar con la cruz del Señor aquellos que por destruir su amor a Cristo se impusieran estos duros sacrificios. Pero otra es la doctrina que nos han enseñado los piadosos siervos de Dios. Y también otra es la predicación del Apóstol al decir que los que quieran vivir dichosos en Cristo Jesús sufrirán persecución (*II Tim.* 3, 12). Según estas palabras aparece como tibio y perezoso el que no tiene que luchar con persecuciones. Sólo el que ama el mundo puede vivir en paz con él. Jamás existió una comunidad entre la justicia y la injusticia, entre la mentira y la verdad, entre la luz y las tinieblas. Aunque por una parte el amor al prójimo de los buenos tienda a que los malos se hagan buenos y a pesar de que se consiga por la gracia de la misericordia divina la conversión de muchos, no por esto dejan de acosar a los buenos los malos espíritus. Con ocultas intrigas o en lucha abierta están en contra de lo que la voluntad del bien se ha propuesto realizar en los buenos. Todo lo que es justo y santo les atormenta. Y aunque los malos espíritus no tengan un poder sobre los hombres superior al que les ha sido dado y permitido por la justicia divina, que quiere hacer mejores a los suyos probándoles y ejercitando su paciencia, a veces se presentan con tal astucia y arte que parece puedan perseguir

o atormentar al hombre a su gusto. Por desgracia, con esta malévola astucia conmueven a muchos de manera que algunos temen su odio y procuran congraciarse con estos malos espíritus, siendo mejor para el hombre tener a Satanás como enemigo que como amigo. Las almas que saben temer solamente al Señor, amarle y esperar únicamente en El luchan contra sus malas inclinaciones, mortificando los sentidos de su cuerpo, a fin de no temer a los malos espíritus ni serles útiles. Prefieren la voluntad divina a la suya y se quieren mucho más a medida que abandonan más y más su amor propio y se enamoran de Dios.

Cumplen lo que el Señor les ha dicho: "No vayas tras de tus malas inclinaciones y sé libre de tu voluntad. Distinguen entre sus inclinaciones y separan lo que es del espíritu de lo que es de la carne. Así se niegan, en cierto modo, a sí mismos, al no seguir sus deseos sensuales, sino que van tras de aquello que anhela su alma."

Gregorio de Nisa exhorta en su *Magna Catequesis* a los catecúmenos a que procuren corresponder a un nuevo modo de sentir a la transformación real operada por el Bautismo.

"El bautizado se ha hecho hijo de Dios y el hijo tiene la misma naturaleza que el padre. Puesto que has tomado a Dios y te has convertido en hijo suyo, da testimonio de quien es tu Padre. Con aquellas características con las que conocemos a Dios se traslucirá el parentesco divino de los verdaderos hijos de Dios. Pero si perseveras en tus malas propiedades te imaginas vanamente que has renacido de lo alto."

El Papa *San Gregorio Magno* explica que "nosotros que celebramos los misterios del Cuerpo del Señor, debemos imitar lo que festejamos".

La afirmación de que la comunidad sacramental con Cristo debe repercutir en el obrar no está en contradicción con la doctrina, sostenida desde muy antiguo, de que toda acción cristiana es una obra de amor. Los sacramentos, que tienen su eficacia operativa, nos hacen precisamente partícipes de la muerte y de la gloria de Cristo. En la muerte Cristo se entregó sin reservas. Participar en su muerte significa ser incorporado en aquel movimiento de entrega total. La eficacia de los sacramentos es, por tanto, eficacia del amor de Cristo en el obrar del que está unido con El, en el sacrificio de la familia, en el pueblo, en la Iglesia. Al ser Cristo el que actúa en el obrar humano el obrar del bautizado adquiere una fuerza insuperable. "El que siguiendo el ejemplo del Apóstol mortifica su cuerpo, dominándolo (*I Cor.* 9, 27), superará a los enemigos con la misma fuerza que Jesús. Vencerá ya ahora al mundo; es obra y triunfo de Cristo el que sus siervos resistan con éxito las tentaciones del pecado" (*San León Magno, Sermón 70, 6*).

5. La Iglesia pide en la Liturgia con decisión inviolable realicemos en las obras lo que ha tenido lugar en el sacramento:

“Los que iluminados por la nueva luz de tu Verbo encarnado, haz que resplandezca en nuestro obrar lo que brilla por la fe en la mente” (2.ª Misa de Navidad).

6. Los sacramentos se manifiestan como realidades de un dinamismo y actividad inimaginable mediante las obras que producen y que caracterizan. Están incorporados en la corriente vital que incluye en sí misma el poderío y la plenitud del mismo Dios. El movimiento salvífico brota del Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo a través de los sacramentos en el yo humano, adueñándose de él y abarcando todos los órdenes de la vida, en las alegrías y en los sufrimientos, por los abismos y las cimas, hasta que retorne al Padre por mediación del hijo en el Espíritu Santo. Si alguien quisiera poner freno u oponerse a este movimiento su pecado sería el más profundo y radical. Sería poner resistencia a que Dios entre en el hombre (contra el “Acto Puro”). Cfr. vol. I, § 63. La concepción de Fichte, fruto de consideraciones puramente naturalísticas, de que la inercia es el pecado fundamental, logra aquí su sentido más profundo en el orden sobrenatural.

Siendo amor este movimiento desencadenado por Dios en el yo humano, la pereza de la inercia se revela como carencia de amor, como egoísmo en el que el hombre no concentra todas sus fuerzas y no se dirige en amorosa entrega al Tú, a la comunidad, a Dios, ni se mueve hacia el otro yo, hacia Dios en último término, sino que permanece en él y se encierra en sí. El egoísmo se convierte así en traición al ser creado por el sacramento.

7. En la *Patrística* se considera el efecto del Bautismo en las buenas obras como una nueva configuración de la filiación divina del bautizado. Así dice Orígenes: “Bienaventurado aquel que nace siempre de Dios. No sólo una vez nace el justo de Dios, sino que nace en cada obra buena, porque en ella Dios da a luz al justo... Así como el Redentor es engendrado continuamente y puede, por tanto, decir que “antes que todo montículo me engendra (no me engendró, sino me engendra), naciendo el Redentor incesantemente del Padre, del mismo modo Dios te engendra en El si tienes el espíritu de la filiación divina, siempre te engendra en toda obra buena, en todo pensamiento y, así nacido, eres un hijo de Dios engendrado en Cristo Jesús” (*Homilía a Jeremías* 9, 4).

Metodio de Filipo dice casi lo mismo (*De sanguisuga*. 8, 2). “Admitir la Encarnación del Hijo de Dios de la Virgen Santísima y no confesar que El también se hace presente en carne en la Iglesia, no es perfecto. Porque no sólo debemos confesar en aquella carne santísima, que era de la Virgen, nuestra propia parusia, sino también otra semejante en el

espíritu de cada uno de nosotros." Y añade en el *Symposium* (8, 9): "Está claro que el que entre los hombres no ha llenado todavía y cumplido la sabiduría de Dios, superior a toda gloria, éste no ha nacido aún de Dios, éste no se ha revelado ni aparecido aún. Pero cuando se haga claro para él el misterio de la gracia, entonces, si se convierte a la fe, nacerá Cristo en él por el conocimiento y en su interior. De aquí que se diga con acierto que la Iglesia configura y engendra continuamente el Logos en los catecúmenos." Prefiguración de este renacer divino incesante es para San Clemente de Alejandría la encarnación del Logos en María, ocurrida una vez para siempre. La santificación del hombre consiste por ello en una progresiva imitación dentro del Cuerpo místico de Cristo, del nacimiento de Cristo de María Virgen (*De Dogmatum solutione*, 3): "Pues desde que el Logos de Dios, Unigénito, se ha hecho hombre se ha santificado también la naturaleza humana, porque ha sido transformada a imagen suya en la santidad y en la vida justa. Si vivimos con fe y santamente Cristo se transformará en nosotros e irradiará sus propias cualidades de un modo espiritual en nuestro interior."

Máximo el Confesor se expresa también de modo parecido: "Por la virtud quiere Dios hacerse hombre en aquellos que son dignos de El. Bienaventurado, pues, el que por su sabiduría puede realizar esta encarnación divina en su interior. Acaba la plenitud de este misterio al recibir por la gracia la divinización y en este incesante hacerse Dios jamás habrá fin para él" (*Quaest. ad Thalassium*, 22).

8. Por ser los sacramentos, como ya hemos visto (§ 229), signos de la comunidad, *la Iglesia es la portadora, el sujeto de este activo perseverar y esperar* en el que los unidos a Cristo por medio de los sacramentos se unen con el futuro prefigurado por éstos. La Iglesia de los sacramentos es la Iglesia que espera, la Iglesia del porvenir. Cfr. G. Söhngen, *Symbol und Wirklichkeit im Kultmysterium*, 1937, 76-88; E. Walter, *Sakrament und christliches Leben*, 1939; H. Franke, *Wartente Kirche. Die ältesten Adventsrufe der Christenheit*, 1937; G. Feuerer, *Unsere Kirche im Kommen*, 1938; H. Keller, *Kirche und Kultgemeinschaft*, en "Benediktinische Monatsschrift" 16 (1934), 25-38; W. Becker, *Das Harren des Christen*, 1939.